



Reflexiones sobre el concepto de calidad de vida

Reflections on the Concept
of Quality of Life

AUGUSTO SOLÓRZANO

Magíster en Estética de la Universidad Nacional de Colombia;
doctorando en Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana;
profesor Asociado de la misma Universidad. Medellín-
Colombia. portalsolorzano@gmail.com

Recibido:
12 de enero de 2011
Aprobado:
25 de marzo de 2011



Resumen

De uso común en los estudios del habitar y la teoría política, el concepto de calidad de vida se posiciona con más fuerza cada día. Sin embargo, a medida que se amplían sus rangos de utilización, éste parece vaciarse en su contenido real hasta el punto de convertirse en el cliché más apropiado para hacer proselitismo político. A través de este artículo se propone un recorrido en el que la calidad de vida se vincula con la felicidad, su relación con las virtudes públicas o privadas, su papel en el mundo del consumo y las ciudades globalizadas. Desde una perspectiva eminentemente empírica analítica se muestra los peligros que acarrea el desgaste semántico de un concepto para las formas de interacción social y las maneras de entender el sentido de comunidad.

Palabras clave:

Calidad de vida, virtudes públicas, historia conceptual, historia social.

Abstract

Commonly used in studies of dwelling and political theory, the concept of quality of life is positioned more strongly every day. However, as its range of use expands, this seems to empty its real content to the point of becoming the most appropriate cliché for political campaigning. Through this paper, a journey in which the quality of life is linked with happiness, its connection with public and private virtues, its role in the world of consumption and globalized cities; is proposed. From an eminently empirical analytical view, the dangers of the semantic weakening of a concept for the forms of social interaction and ways to understand the sense of community are shown.

Key words:

Quality of life; Public Virtues; Conceptual History; Political Theory.

En la memoria reciente, el concepto de *Calidad de vida* ha venido posicionándose cada vez con más fuerza dentro de los estudios del habitar y la teoría política. En este primer horizonte ha sido utilizado por las distintas administraciones para referirse a un sin número de aspectos entre los cuales pueden mencionarse : los manejos de coordinación sobre vivienda, la aprobación de los planes de ordenamiento territorial urbanos, la participación de la ciudadanía en todo lo referente a la reserva del suelo, la adecuación de servicios públicos a las poblaciones menos favorecidas, la sostenibilidad, la protección del medio ambiente, la construcción de planes de vivienda de interés social, la vigilancia sobre el impacto ambiental de las construcciones, el control de residuos, la disminución de la polución, la protección del patrimonio y la búsqueda por una equidad de servicios entre los habitantes de la ciudad y los del campo.

En el segundo campo, el de la política, *la Calidad de vida* también posee rasgos polisémicos, en tanto se le concibe como sinónimo de los conceptos de *desarrollo*, *sostenibilidad* y *necesidades humanas*. Esta multiplicidad de significados ha dificultado ostensiblemente una definición precisa de lo que en realidad es la *Calidad de vida*. El manto de ambigüedad semántica que recubre a este concepto, viene repercutiendo notoriamente en un cierto relativismo cultural que afecta la mayoría de enfoques teóricos utilizados para justificar o interpretar la realidad social. Precisamente, muchas de las contradicciones y maneras interesadas de concebir la realidad, se amparan en esa sinonimia conceptual, generando con ello que se reste, tergiverse, fragmente y acomoden significados a lo que implica la *Calidad de vida*. Lo mismo habría que decirse con respecto al *Índice de Desarrollo Humano* (IDH), otro concepto sistémico acreditado recientemente por el Programa de *Naciones Unidas para el Desarrollo*, que opera como indicador social de la esperanza de vida al nacer, la tasa de escolaridad en adultos y la paridad de poder adquisitivo¹.

Un concepto tan amplio, pliega en su interior el peligro de ser demasiado pretencioso. De allí la razón por la cual éste termina por comunicar contenidos imprecisos y de abrir permanentemente las puertas a la ambigüedad de significados. El señalar esta sinonimia conceptual no pretende hacer que los conceptos cierren completamente su campo semántico, pues como se sabe, el reto que a lo largo del tiempo han tenido que enfrentar las distintas ciencias sociales y humanas, radica precisamente en mostrar cómo los conceptos al ser utilizados en la práctica cambian sustancialmente su significado y valoración en el tiempo.

1 Estos mismos señalamientos conciernen a conceptos que han perdido cierta vigencia. Entre ellos puede mencionarse el de *desarrollo*, *necesidades* y *sostenibilidad*.

Calidad de vida y felicidad

Tal vez la mayor traba que el concepto de *Calidad de vida* enfrenta hoy, tiene que ver con el hecho de visualizarlo con un ideal equiparable a la felicidad. Por esta razón, no es de extrañar el por qué detrás de este concepto se intenta respaldar la potencia del bienestar humano y sobre todo matematizar o cuantificar los niveles de felicidad del ciudadano contemporáneo. Como resultado de esta vinculación y de la evolución lógica que sufren los conceptos a partir del lenguaje común, la *Calidad de vida* termina asociándose con virtudes como la alegría, el humor, la prudencia, la compasión, la generosidad, la tolerancia y el amor entre muchas otras más. De allí que en la actualidad se proponga como un principio instrumental para el accionar humano que apunta hacia el bien, el progreso, la convivencia, todos ellos ideales de una vida buena. Como puede verse, la consideración de que la calidad de vida constituye un concepto *complicado* que acomoda la utilización a su propia lógica y expande sus significados de acuerdo con las necesidades (Alguacil, 1998), ha facilitado que su indeterminación, ambigüedad e imprecisión sea aprovechada por los especialistas y elites dominantes para llevar a cabo valoraciones *objetivas* de algo que, como la *Calidad de vida*, se halla inserta en el terreno de la *subjetividad*. Es desde estos flancos desde donde este concepto cobra la dimensión que hoy le caracteriza, una valoración a través de la cual se intenta matematizar el perfeccionamiento moral y cuantificar la integridad personal y colectiva.

Uno de los mayores obstáculos presentes en la idea de *Calidad de vida* surge de los propios análisis que se hacen desde y para la política, análisis que, al ser mostrados como cifras de cobertura de algún servicio para una comunidad, grupo o región, excluyen las minucias y los pormenores contenidos en las prácticas sociales. El descarte premeditado de cómo se llevan a cabo estas prácticas en la vida cotidiana y la verdadera esencia que tienen en el sujeto individual, hace parte de lo que Michael de Certeau (1996, XLIX) señaló dentro de sus *análisis de la marginalidad de las mayorías* como el espacio tecnocrático, un espacio construido, escrito y funcionalista a partir del cual se trazan intereses y deseos que no están determinados ni captados por los sistemas donde se desarrollan. Como resultado de ello, aparecen los vicios del poder que todo lo hace posible a través del manejo estadístico, el irrespeto constante al orden cotidiano que establece el sujeto en su propia facticidad y sobre todo, el desconocimiento íntimo de los valores, principios e imaginarios que cada individuo y cada colectivo tiene alrededor de la *Calidad de vida*.

El rápido apuntalamiento y propagación de este concepto se debe a que ha sido concebido como un objetivo público de carácter universal. En razón de ello éste cobra vigencia en cualquier discurso o ideal político fundamentado sobre el juego dialógico sujeto/objeto, desarrollo/crecimiento, necesidades/ deseos, sostenibilidad fuerte /sostenibilidad débil. Su implementación conlleva a una lucha por el poder y se legitima como la conjunción de una acción política y una acción administrativa abanderada en el bienestar y el progreso. Así, la *Calidad de vida* no solo supone hoy un medio para posteriores fines, sino además se concibe como un fin en sí mismo. Al promover acciones específicas en las cuales se pone en juego la toma de decisiones que rigen el destino de una comunidad, ésta se asume y visualiza como una bandera de cambio a través de acciones pacíficas, aunque algunas veces cuestionables. Desde esta perspectiva no es claro cuando un proceso de cambio que se abandera en la *Calidad de vida* puede llegar a tomar un matiz público en lugar de concebirse como privado. Tampoco queda claro cuáles son los criterios para que lo público y lo privado coincidan en los mismos criterios que la determinan. El resultado de esta devaluación conceptual es una inminente instrumentalización de las decisiones tomadas por funcionarios que ocupan un status regulador y que cada vez más apelan a este concepto de manera contradictoria.

Una postura así solo puede desencadenar en una indefinición del concepto de calidad y en el de la vida misma. Desde esta óptica, puede decirse que se trata más bien de la construcción de un escenario político sustentado en relaciones verticales del poder en el que no se toma en cuenta las particularidades, gustos y percepciones del hombre común, en tanto se supone que las ideas particulares de lo que es la *Calidad de vida* cobijan a todos por igual. Búsqueda incesante de metas orientadas al resultado cuantificable de la felicidad y sobre todo de su preservación y cobertura para el grueso de la masa social.

Virtudes públicas, virtudes privadas

Tal vez, la principal causa del empobrecimiento que la sociedad contemporánea en general enfrenta en el campo de las virtudes públicas hoy en día, tenga que ver precisamente, con la ya arraigada y difundida idea de diferenciar la virtud pública de la virtud privada.

En el fondo, este problema encierra la pregunta de si es necesario establecer parámetros diferenciadores para juzgar por aparte lo público de lo privado o, si por el contrario, el comportamiento virtuoso y la búsqueda constante de la feli-

cidad que un hombre cualquiera lleva a cabo en su vida pública corresponde al reflejo especular de la forma en que éste practica el ejercicio de las virtudes en su vida íntima.

La lectura de esta pregunta guarda una estrecha relación con la historia y con el contexto social en el que se la enuncie. En gran medida, su formulación requiere del establecimiento de parámetros históricos precisos que nos permitan determinar la manera en que una sociedad en particular hace distinciones entre lo privado y lo público, o si por el contrario, uno y otro campo se funden en la esfera del accionar humano.

El tema de la conveniencia o inconveniencia de delimitar un territorio preciso en el que sea posible identificar cuales virtudes corresponden a los intereses privados y cuales otras incumben a los intereses colectivos, suscita nuevas lecturas en una sociedad en la que su ejercicio práctico parece brillar por su ausencia. La inminente crisis de las virtudes ya ha sido estudiada por autores como G. Lipovetski (1994), Z. Bauman (2000), P. Bruckner (2001), entre muchos otros más, quienes desde distintas ópticas han destacado la manera en que el arraigo de la noción de individualidad y el posicionamiento gradual de lo privado ha suscitado una verdadera crisis de valores en los ámbitos políticos, familiares, culturales, religiosos y económicos, en la llamada sociedad posmoderna o sociedad posindustrial.

El acuñamiento de conceptos tales como la *ética débil* (G. Lipovetski: 2007), la *ética líquida* (Bauman, 2000) o *ética indolora* (Verdú, 2003) tienen en común el hecho de que todos ellos apuntan a resaltar un declive en todo lo referente a las virtudes cuya repercusión en la vida práctica ha traído serias consecuencias en la manera de configurar el sentido de comunidad.

Hoy más que nunca, el ahora impuesto imperativo del *individualismo* ha abierto un amplio espectro interpretativo sobre el concepto de virtud, un concepto que al ser puesto bajo la tutela de los intereses privados se nos muestra como una pieza gastada de lo que antes fue una poderosa maquinaria de la acción humana y el desarrollo del sentido de comunidad. La necesidad de clarificar y distinguir un terreno preciso para las virtudes en general viene siendo paulatinamente reemplazado por el posicionamiento de la ética fractal. De allí que cada vez más sea más difícil establecer un marco operativo para todo ese maravilloso mundo de las virtudes que durante mucho tiempo rigió el comportamiento político de las grandes civilizaciones que configuraron a partir de ellas la lógica de su proceder.

El papel de la virtud en el mundo del consumo

Al voltear rápidamente la página de la historia, es posible rastrear en ella que gran parte de la filosofía Occidental desarrolló un marcado interés por establecer y categorizar de manera precisa las virtudes. Aristóteles, San Agustín, Séneca y Cicerón, Hobbes y Maquiavelo etc. Representan un pequeño espectro de autores que permiten identificar cómo el tema de la virtud mantiene una vigencia permanente, al tiempo que éste es sometido a novedosas interpretaciones que las apuntalaban como un edificio sólido para la aplicación ética-política. Este panorama empieza a cambiar drásticamente con la formulación de nuevos paradigmas, uno de los cuales es sin lugar a dudas el del consumo, un horizonte para la acción humana, a partir del cual, se ha venido transformando las expectativas de acción de las personas y el campo de representación en el que los vínculos humanos y las prácticas sociales cobran sentido en el mundo de hoy. En su texto “*El estilo del mundo*”, V. Verdú (2003) señala cómo el advenimiento de las prácticas ligadas al consumo transforman sustancialmente el campo ético y político, al tiempo que configura nuevas identidades y nuevos valores, ritos y hábitos, que cambian nuestra manera de entender los vínculos y las interacciones sociales, el sentido de marginalidad, nuestra forma de establecer las categorías sociales y el sentido mismo de la comunidad entre muchas otras cosas más.

Este giro radical derivado del consumo en el que cada vez más cobra vigencia el concepto de *Calidad de vida*, pone en cuestión la forma en que tradicionalmente se han venido estudiando el tema de las virtudes. La profunda transformación en la manera de configurar el yo y la personalidad que surge a partir del consumo, abre una profunda brecha en la apreciación que se hace de las virtudes. A los nuevos miedos, angustias, frustraciones, incertidumbres, así como también a los valores de insatisfacción del hombre común, se les intenta hacer frente con un concepto sistémico mucho más amplio, ambiguo y confuso, como es el de la *Calidad de vida*. De igual manera se le asume como un indicador de la felicidad. En ello se evidencia un fuerte debilitamiento conceptual que impacta directamente en la manera que el hombre asume los retos, pruebas, problemas y dificultades propios de la vida diaria.

Una comunidad derivada del consumo, favorece por completo el *individualismo*, pues a partir de él, es que cada quien redefine los valores y principios de la vida ética y el sentido mismo de la libertad y felicidad. Paradójicamente, a medida que al hombre se le hace responsable de buscar individualmente su felicidad,

conceptos sistémicos como el de *Calidad de Vida, IDH, Desarrollo, Sostenibilidad o Necesidades Humanas*, toman más fuerza y se posicionan como indicadores de la felicidad. Frente a esta postura, muchos teóricos de la ética de hoy intentan explicar la inequidad, la exclusión, la pobreza y otros tantos males derivados del consumo y de la individualidad aquellos principios, valores y pautas propios de la *vida buena* de antaño. En ello se lee un claro intento por encontrar un salvavidas ético que contrarreste, o por lo menos permita navegar por las turbulentas aguas del egoísmo. Sin embargo, reivindicar una vida virtuosa dentro de un contexto netamente espectral como lo es el consumo, no deja de ser un intento bastante loable, aunque débil, a través del cual, se pretende hacer más llevadera esa vida uniabarcadora y totalizante que paulatinamente se nos ha impuesto y de la cual difícilmente nos podemos librar.

Al igual que en el pasado, las distintas virtudes públicas o privadas ponen de relieve el hecho de que las fronteras entre unas y otras se torna totalmente móvil y que cualquier intento por jerarquizarlas deriva en una clara desorganización, pues la virtud como puede concluirse del pensamiento de Sponville (2000) concierne por igual a todo lo referente a la verdad, el conocimiento, la socialización, la razón, el bienestar y el progreso.

Hoy, el estudio de todas aquellas virtudes que definieron los valores de las antiguas civilizaciones romana, griega o moderna, pareciera funcionar más como una rueda suelta de la historia y de la ética filosófica a la que insistentemente se le intenta adecuar a este contexto fragmentado y determinado por nuevas lógicas², nuevas formas de participación y, sobre todo, por nuevas formas de entender el sentido de felicidad y comunidad.

A pesar de este panorama un poco desalentador, prevalece en el flujo histórico esa condición que nos rige y determina todo el tiempo que es la de, precisamente, ser seres sociables que necesitan de un permanente estar y compartir con los demás para construir conjuntamente eso que A. Heller (1999) ha llamado *la historia vivida*. Ni siquiera el consumo con su afincado individualismo, logra desdibujar por completo esa condición humana que nos permite perpetuarnos como seres

² Basta revisar someramente lo que sucede con respecto a la cortesía, ese telón de fondo que se necesita para que surja cualquier otra virtud, para darse cuenta de cómo ella es aprovechada por las grandes empresas para generar lo que Vicente Verdú ha llamado "el trato personalizado", una estrategia que busca fidelizar a los ¿? a través de llamadas en las que se les llama por el nombre a los usuarios, se les envía tarjetas de cumpleaños y se les vende la idea de pertenecer a una gran familia.

sociales en el tiempo y que nos motiva a tejer conjuntamente una trama histórica atravesada por una serie de tradiciones y códigos que, aun a costa de diluirse en el flujo de lo cotidiano, son fácilmente rememorables a través de la conversación, gustos compartidos y del archivo de imágenes fijas o móviles a las que cada vez más tenemos acceso.

Las consecuencias del advenimiento de una comunidad alrededor del consumo pueden ser advertidas en las últimas obras de Z. Bauman (2000), específicamente en *Trabajo consumismo y nuevos pobres*, obra en la cual, queda expuesta la importancia que ha venido cobrando el dinero para satisfacer los deseos y cómo alrededor de esta valoración se generan unos sistemas de exclusión y una nueva forma de producción que gira en torno a lo efímero, lo volátil, lo banal. El permanente juego de tensiones que se desprende de esta nueva sociedad señalado por Z. Bauman, resulta ser bastante complejo, en tanto que los contenidos existenciales y vitales que caracterizan a las virtudes hacen que en un momento determinado la naturaleza social humana haga ciertos énfasis tan solo en algunos compromisos ético-políticos que, curiosamente, terminan por reivindicar las pretensiones de autorrealización del individuo y desdibujan por completo la reciprocidad y mutabilidad en el intercambio de valores que las caracteriza. El escenario de acción del consumo y la manera en que éste le posibilita al individuo configurar el espacio privado de acuerdo con sus gustos y preferencias particulares, desdibuja de un plumazo la idea de que la vida ética opera como un organismo regulado en el que cada virtud posibilita el surgimiento de las demás virtudes. Por ello, antes que hablar de la vigencia de las virtudes públicas o privadas como herramientas necesarias para poder llevar a cabo el horizonte de comprensión, identificación y orientación en todo lo referente a las realidades sociales, es necesario entender cómo la naturaleza social humana se halla regida por nuevas lógicas respaldadas en conceptos sistémicos y ambiguos.

Dentro de esta perspectiva, el cuidadoso estudio que sobre lo público y lo privado llevó a cabo por la pensadora Hannah Arendt (2002), constituye sin lugar a dudas un terreno abonado para analizar cómo la figura del *pluralismo* posibilita la participación en el espacio del actuar político. Sin embargo, una simple observación empírica sobre la manera en que este proceso se está llevando a cabo hoy, nos permite dilucidar que de esta teoría a la realidad práctica existe un insalvable abismo y que cada vez más las lógicas del consumo traen consigo una serie de nuevos significados para ciertos conceptos que toman nuevos significados en el sentido común de las personas. Esto es lo que parece suceder con la lectura contemporánea de la ampliamente trabajada condición del estado de *felicidad* y el reciente apuntalamiento teórico que de ella se ha venido derivando conocido

como la de *calidad de vida*. En la mayoría de ocasiones este concepto parte de un análisis crítico de la racionalidad y se sustenta sobre la base de un crecimiento económico. Alrededor de dicho análisis confluye la idea de que el desarrollo requiere de una sustentación económica para luego ser dirigido a la satisfacción de las demás necesidades humanas.

Aunque durante mucho tiempo la felicidad haya sido estudiada como un verdadero método para transformarse a sí mismo y transformar la sociedad en general, esta manera de entenderla es un claro indicativo de cómo los conceptos sufren una transformación en la vida práctica en donde poseen una naturaleza concreta y particular ligada por completo a la experiencia singular que de ella se tenga. Esa representación que cada sociedad, a lo largo del tiempo, ha hecho para sí de la virtud de la felicidad, ha sido estudiada la mayoría de las veces bajo la tutela de una *historia conceptual* (Kosellec, 1993, p. 105) que se ha ocupado más por analizar lo que dicen los textos y las palabras que, en realidad de los estados de cosas y los movimientos e imaginarios que de unos y otras se derivan. Basta revisar rápidamente la historia de la filosofía para corroborar a través de autores como Aristóteles, Séneca, Malembreche, Kant, Marx la manera en que la felicidad por vía directa o indirecta ha sido tema de interés para la teología, la teoría política, la economía, la ética e incluso para la estética, en tanto que ella refleja la naturaleza e interpreta las necesidades del hombre afín de mostrarle a éste el camino virtuoso para satisfacerlas. Por tratarse de un asunto fundamental para la ética, ésta surge como el fin en sí mismo de la existencia humana, por lo que no sería equivocado decir que en su búsqueda es donde se pliega el sentido de la vida misma. El tejido relacional que el concepto de felicidad permite constantemente establecer entre las palabras y las cosas, el espíritu y la vida, la conciencia y el ser, el lenguaje y el mundo, hacen de él una especie de atmósfera cuyo horizonte de comprensión, identificación y orientación dependen cabalmente de la realidad histórica y social.

En este ambiente, no puede desconocerse que ha sido el propio uso del lenguaje el que ha vinculado la *felicidad* con la *Calidad de vida*. Si como aseguraba Kant, el filósofo no puede autoproclamarse como un legislador de la razón, por lo menos desde los flancos teóricos si es posible intentar construir un marco conceptual en el cual la *Calidad de vida* atienda a necesidades reales y no se convierta en un concepto comodín que salvaguarda cualquier discurso ético político por vacío que éste sea. En este sentido, la propuesta de reivindicar la *historia social* que R. Koselec (1993) ha venido trabajando iluminaría este caso particular en el que se hace necesaria una orientación práctica de todos y cada uno de los apéndices de la felicidad cuya valoración positiva atañe por completo a la acción humana.

Calidad de vida y disfrute subjetivo

La necesidad de cuantificar y hacer tangible la condición humana de la felicidad, requiere que las distintas ciencias sociales y humanas introduzcan nuevos significados para la comprensión de este trascendental. Por eso, es necesario reclamarle a la filosofía que reflexione sobre cada nuevo significado que se introduce en el contexto social a causa de la ambigüedad semántica. Solo desde allí, es posible que exista una correlación entre la fundamentación conceptual y social en este horizonte de comprensión actual correspondiente al consumo.

Hoy, resulta significativo el hecho de ver cómo el contenido existencial y vital de la felicidad, es registrado en los discursos de la gran mayoría de las gentes dedicadas a hacer proselitismo político bajo la tutela de *Calidad de vida*. Los motivos de ello, pueden fundamentarse en que el concepto de *Calidad de vida* abarca preocupaciones fundamentales para cualquier persona o colectividad en el mundo, como pueden ser la calidad del entorno, la calidad de la acción y, por supuesto, el disfrute subjetivo de la vida.

Si me mira bien, la felicidad promovida como algo que se debe alcanzar de manera individual ha sido difundida a manera de imaginario en razón de los intereses de los medios de comunicación. A toda costa ellos han transmitido la idea de que la felicidad en su conjunto tiene un carácter cuantificable y matematizable a través de la adquisición de bienes y servicios. Evidentemente, la aprobación convencional de este nuevo imaginario tiene hondas raíces en la manera en que los mismos medios reivindicaban abiertamente el disfrute subjetivo vinculado al consumo de bienes. En un segundo plano, quedan valores esenciales de la condición humana tales como la solidaridad, la prudencia, la gratitud, la compasión, la buena fe y tantas otras pequeñas virtudes o cuando se exponen en los media, quedan expuestos como focos promocionales para apoyar más el consumo.

Esta lógica de la felicidad, ha sido tomada por G. Lipoveski (1994) como pilar estructural de su pensamiento para señalar el ocaso de los deberes en la contemporaneidad. Lo anterior, es fácilmente evidenciable en los programas televisivos que hacen claras apologías a los valores de la riqueza, la ostentación, el lujo, la libertad para consumir y la interacción personal basada en valores superficiales, como el apoyo a campañas de artistas que ayudan a los menos favorecidos o el consumo de productos que destinan parte de sus ganancias para fines similares. No en vano, existe en la actualidad un fuerte posicionamiento de una amplia gama de personas, productos y canales dedicados única y exclusivamente a difundir estas nuevas ideologías que en ocasiones rayan en el limbo de constituirse en nuevas

religiones a las cuales se les rinde un riguroso culto. Como puede verse, todas y cada una de estas proyecciones de las virtudes terminan siendo mecanismos de promoción para incrementar la simpatía y la confianza en algo o en alguien. De esta forma, la felicidad termina siendo acentuada como una iniciativa privada y se superpone sobre aquellas virtudes comunes perseguidas y compartidas por toda la comunidad en su conjunto.

En el fondo, este cambio semántico bien podría ser entendido como esa expansión del significante (Barthes, 1971) de lo que es la felicidad propiamente dicha una vez encuentra abonado el terreno del consumo. Igualmente, también podría entenderse como la necesidad concreta por encontrar un criterio valorativo mucho más real y concreto de lo que valoramos como *felicidad* y *Calidad de vida*. Sin embargo habría que decir que esos indicadores de felicidad, terminan sacrificando sus más preciados valores y resquebraja el mundo de la acción y el de su proyección benéfica hacia una exterioridad compartida y construida comunitariamente. Por supuesto, este planteamiento puede desde ya despertar todo tipo de posturas a favor y en contra, dado que, precisamente, el carácter primario de la felicidad es que no puede ser entendido como una unidad concreta y cerrada en sus límites, sino más bien, como la adecuación favorable de las circunstancias a un constante devenir. En esta dirección, P. Bruckner (2001) señala que el ver la felicidad como una simple ausencia de adversidad, termina finalmente por estancarnos en un aburrimiento que, a manera de cansancio abstracto, hace tortuoso el mismo hecho de vivir y de enfrentar los embates de la niebla gris de lo cotidiano. En este sentido el horizonte de comprensión del consumo ofrece una amplia gama de posibilidades para no permitir el agotamiento y la aburrición. Al concebirse como un universo totalizador que envuelve al hombre contemporáneo, el consumo ofrece la posibilidad para que no nos agotemos y le hagamos frente al yugo despótico de la uniformidad, la normalidad y la conformidad, aunque su precio sea muy alto.

Calidad de vida contra cantidad

El alcance semántico de la frase “*Calidad de vida*” se convierte en la excusa perfecta para sugerir que la vida es buena en todos los aspectos, hecho que por demás no es real. Como bien lo supieron los hombres de la antigüedad, la búsqueda de la felicidad es frenética y requiere de un esfuerzo permanente para acomodarnos a las circunstancias buenas y malas y sacar de ellas el mejor partido a través de una serie de enseñanzas que nos permitan enfrentar los embates de la vida. La interpretación equivocada que hizo la modernidad acerca de este fenómeno, hizo

que la *vida buena* fuera asumida necesariamente como una vida feliz. La simple observación empírica sobre la *Calidad de vida* nos ha demostrado cómo ella se ha convertido en un marco regulado que no solo va en detrimento de la *calidad* de la felicidad misma, sino que además, antepone por encima de todo la *cantidad*. En gran medida, esta inversión de los valores de la felicidad obedece a la herencia moderna y a las afincadas ansias de poner bajo la tutela de la productividad la *vita contemplativa*. Fruto de esto, estamos siendo atrapados en nuestra propia telaraña, viviendo entonces en una especie de paraje de la felicidad, en una felicidad social, aun a costa de saber de antemano que somos una pieza más de esa gran maquinaria cuantificadora de valores nominada simple y llanamente de consumo.

Concebir la *Calidad de vida* como la forma excelsa de la felicidad contemporánea, trae consigo la posibilidad de interpretar este concepto de múltiples maneras, dado que el sentido común otorga para él múltiples significados tales como *la calidad del entorno*, *la calidad de la acción* y *la calidad de resultado*. En el primer caso, prevalece el sentido sociológico del término que tradicionalmente ha sido utilizado para referirse a las mejoras que trae consigo la riqueza y la igualdad social. De igual manera, también los ecologistas se refieren a ella para dar cuenta de los beneficios que acarrea el mantener un equilibrio con el medio ambiente. Por su parte, el segundo matiz del término tiene un fuerte anclaje en todo lo referente a la forma en que el hombre hace uso de sus capacidades y fuerza física y psicológica para tratar sus problemas, mientras que, la tercera acepción del término, da cuenta del universo subjetivo y del disfrute que como hombres podemos obtener una vez disfrutamos de los placeres que nos brinda esa vida buena que siempre hemos querido vivir. Como desde ya puede verse, este breve recorrido sobre los matices cambiantes que existen alrededor del concepto de *Calidad de vida*, pone de relieve aspectos bastante impredecibles y peligrosos dado el poder avasallador que en la felicidad se encierra. La necesidad de matematizar y cuantificar las “buenas condiciones de vida” y de “la felicidad como virtud” no solo opaca el sentido original de una y otra postura, sino que además, abre la puerta a un nuevo imaginario en el que la felicidad queda restringido únicamente al disfrute objetivo de la vida.

Se trata de un nuevo camino hacia la maldición que nos impone la felicidad misma. En él, el destino del hombre pende del modo en que socialmente éste se haga cargo de las consecuencias que la felicidad trae para su vida. Entre esas consecuencias puede mencionarse la del *vacío absoluto*, una vez el capital financiero le permite a alguien acceder indiscriminadamente a un consumo ostentoso. En gran medida, este particular apéndice de la felicidad puede ser entendido como una forma del discurso que intenta a toda costa hacer de ella un criterio equivalente para todos.

En este sentido, esa necesidad de cuantificar las virtudes puede ser interpretada como el reflejo de una gran angustia que se desglosa de ese advenimiento de la banalidad sobre el que J. Luís Pardo (1989) y Pascal Bruckner (2001), han puesto su foco de interés y del que coinciden en señalar que la consecuencia principal de este proceso derivó en el establecimiento de un nuevo *phatos* en el que impera la vida profana, la retirada de los dioses, el incremento de la mediocridad, la insipidez y la vulgaridad. Desde allí se entiende el porque los medios de comunicación masivos asumen equivocadamente el “bienestar subjetivo” como un término para referirse a las contrariedades específicas y los humores pasajeros y no tanto como la satisfacción respecto a la vida en su conjunto.

Ese intento por evaluar objetivamente un fenómeno relacionado directamente con la actitud y con el reflejo parcial sobre las conductas que rigen nuestro destino, puede ser considerado como una de las características más relevantes que heredamos de la modernidad. La imposibilidad de medir la felicidad de esa manera ha generado un desencantamiento colectivo que intenta ser suplido a través de una serie de banalidades que el consumo pone diariamente a nuestro alcance. Desde allí se entiende el por qué muchos teóricos de hoy en día dedican grandes esfuerzos por describir cuidadosamente estas nuevas sociedades que se soportan sobre la base de una moral de la diversión, el placer, el hedonismo y del desorden. Términos como *sociedad fun* (Bruckner, 2001, p. 93)³ “*cultura para niños*” (Verdú, 2003, p. 56), “*hedonismo consumidor*” (Lipovetsky, 2007, p. 96) están sustentados sobre la base de este cambio de matiz que ha venido sufriendo el imaginario de felicidad y también sobre la manera en que el universo empieza a ser reducido a las formas superficiales y ligeras de la felicidad. Con ello, se puede ver entonces la forma en que algunos de los más importantes acontecimientos que nuestra cultura valora insistentemente, carecen de la esencia de la felicidad, precisamente, por haber sido puestos bajo el rasero de la cuantificación.

De esta forma, vemos cómo a pesar de que la *Calidad de vida* se inscriba a fuerza de lidia dentro del espacio del bienestar, enfrenta serias dificultades a la hora de dar cuentas sobre la felicidad. A pesar de los insistentes esfuerzos por cuantificar la felicidad y entenderla como pauta de crecimiento económico y eje del desarrollo comunitario, las correlaciones psicológicas y los comportamientos

3 “Todo puede convertirse en sociedad “fun”, es decir, en objeto de ligera efervescencia (sexo, castidad, boda, viaje, religión o política) siempre que uno ponga en ello gran ardor. El “Fun” levanta discretas murallas y ambientes escépticos en los que disfrutamos el mundo sin concederle derecho a herirnos o castigarnos. El “Fun” rechaza la histeria de la vida intensa y la agitación. El “Fun” es diversión filtrada que nos protege de las asperezas”

ligados al disfrute interno de la vida, siguen siendo para nosotros un total enigma. Tal vez en ello, consista la magia inalcanzable que en la felicidad se encierra.

Sin embargo, el poder acceder holgadamente al mundo del consumo y a generar a partir de él la noción de *Calidad de vida* también podría llegar a ser entendido como el motor de arranque que activa unas nuevas formas morales, éticas y estéticas en la contemporaneidad. Y es que es evidente que en la idea de un *Lujo eterno* (Verdú, 2007) o de un *Consumo como diversión* (Lipovetsky, 2007) también pliegan las trazas de un espacio de formación para el accionar social contemporáneo.

La reiteración de la *Calidad de vida* como una forma de la felicidad es un claro indicativo de que algo anda mal y de que a través de la matematización intentamos como nunca antes en la historia de la cultura ocultar nuestro verdadero sufrimiento del que cada día nacen más nostalgias y angustias. Aunque es un hecho innegable que todas las culturas han labrado las trazas de su propia felicidad, la cultura contemporánea pareciera querer eliminar de plano esa condición humana de la que es imposible liberarnos que es la desgracia. Si bien es cierto que el consumo pone a nuestros pies unas condiciones de vida mucho más tolerables a las que se tenían en un pasado muy cercano, resulta bastante nocivo convertir a este universo en nuestra tabla de salvación. El término *Calidad de vida* indica que las distintas cosas que consideramos buenas tienden peligrosamente a fundirse en un solo y uniforme magma. A pesar de que ese síndrome de *Calidad de vida* que tanta incidencia tiene hoy en nuestras vidas coincida con varias cualidades de la vida misma y a pesar de que el sentido común la asocie equivocadamente con el universo de las virtudes, pareciera que éste hace las veces de un arlequín que llega a divertirnos momentáneamente con las bromas que hace sobre los diferentes vestidos que lleva puestos. Las relaciones que están sujetas a la ley de la cuantificación y de la utilidad en todo lo que tiene que ver con el tema de la felicidad, realmente no coinciden con esas cualidades supremas que armonizan los distintos aspectos de la vida y que propician sensaciones satisfactorias y placenteras.

Aproximarse al entendimiento y a la construcción de la *Calidad de vida*, debe convertirse en una obstinación por entender qué es lo que realmente las personas asumen, entienden y vivencian como tal. Más allá de datos relativos a la cantidad, lo primero que ha de tenerse en cuenta es cómo el peso de la valoración de nuestra vida es eminentemente subjetiva. En gran medida entender la vida y la calidad como factores cuantificables propicia el analizarlas de forma aislada cuando en realidad, aproximarse a su análisis requiere de un abordaje sistémico concordante con la realidad en toda su dimensión. Cualquier problemática en común lleva

plegado en su interior el concepto mismo de *Calidad de vida*. A través de él, comunidad y entorno se funden en un solo cauce y llegan a tornarse como términos equivalentes. De igual manera sucede lo que sucede con el bienestar y progreso o con la belleza y la utilidad cuando son dispuestos en función de la sociedad.

Como constructor de su propia realidad, el hombre y ciudadano se halla en la permanente búsqueda de la felicidad. Como trascendental de la ética, ella se encuentra en el vértice superior de un triángulo en cuyos extremos están la calidad y la vida. Sin embargo, a pesar de ello, en una sociedad de consumo como la nuestra, la *Calidad de vida* no puede limitarse o fundamentarse únicamente al factor económico, ni tampoco al realce indiscriminado del imaginario de la sostenibilidad, hoy derrotero de la publicidad, la economía y la política. Como concepto, éste nos debe permitir la posibilidad de ejercer una autocrítica de los valores integradores más importantes de nuestra vida social y comunitaria.

Si bien las concepciones, clasificaciones, usos y manejo del espacio y los recursos son componentes esenciales para el abordaje sistémico de este fenómeno, en el fondo, todos y cada uno de estos factores son solo rutas que nos deben permitir acercarnos al ejercicio de nuestra acción crítica sobre cómo comunitariamente nos encaminamos hacia la felicidad. En todo esto, la valoración de las pequeñas y grandes virtudes juega un papel prioritario, pues son ellas los motores que impulsan el correcto accionar político y social del hombre.

En conclusión, debe superarse la idea de que a través de la lectura e interpretación de las tasas de morbilidad, mortalidad, esperanza de vida, nivel de escolaridad, nivel socioeconómico (adquisición de bienes y servicios), entre otros aspectos más, podemos llegar a la raíz misma de un concepto tan profundo como lo es el de la *Calidad de vida*. Tampoco se trata de desconocer la importancia de cada uno de estos aspectos en el apuntalamiento mismo del concepto. La brecha principal entre su semántica y el cómo llevamos a cabo su ejercicio práctico, consiste en que cada uno de estos factores terminan siendo analizado de forma independiente y no sistémica. Superar esta incisión, fragmentación y desarticulación de las virtudes que confluyen en la *Calidad de vida*, es responsabilidad de todos, en tanto ella constituye un complejo sistema en el cual confluyen elementos ambientales, biológicos y culturales. Su fragmentación no solo es un factor corrosivo para su comprensión, sino además constituye el primer tropiezo para llevar a cabo un correcto ejercicio de una calidad que reposa sobre las bases de la convivencia y el bienestar colectivo e individual. Es en la discusión, el análisis y la reflexión sobre las problemáticas colectivas donde una comunidad encuentra alternativas de solución para la mejora de su calidad de vida.

Ha de resaltarse que el desmonte de los protocolos de investigación y el abordaje sistémico de este concepto ya viene siendo reivindicado desde distintos ámbitos académicos. En este sentido vale la pena reconocer los aportes de Morin (1977, 1983, 1997), Bertalanffy (1972), Maturana y Varela (1991), Maturana (1996) y Maya, (2001). En cada uno de estas propuestas hay una reivindicación clara de la multidimensionalidad del concepto y un claro esbozo para alcanzar una mejor comprensión. Ello queda sustentado en los postulados de Morin (1983: 249 cuando afirma que la biología, la cultura y el ambiente se mezclan con el vector histórico y mítico inherente a cada cultura en particular afín de codeterminar el objeto de conocimiento de la calidad de vida desde la base de la realidad misma vivenciada por los sujetos.

De la mano de Gadamer y de Heidegger, la hermenéutica del siglo XX ha venido reivindicando al hombre como el único ser que *se comprende en aquello que comprende* y esto, precisamente enmarca la propuesta teórica de contrarrestar la visión que sobre la *Calidad de vida* tiene la población con la que tienen las instituciones. En el centro de esta discusión se encuentra un sujeto cuya capacidad crítica debe poder generar propuestas incluyentes que caminen acompañadas con los planes coordinados por los gobiernos y las aspiraciones particulares y colectivas. Si se habla de *Calidad de vida*, es necesario entonces poner de relieve que el eje central de la construcción de los planes y programas de desarrollo social es el sujeto cotidiano al que no debe rotularse nunca como sujeto anónimo. Este proceso de comprensión de nosotros mismos y de nuestros ideales de convivencia y felicidad implica la reflexión crítica de cómo ejercemos comunitariamente las virtudes públicas o privadas. La construcción de esa *Calidad de vida* como idea y/o realidad debe hacerse desde y para la cotidianidad particular. Es en ese espacio donde el sujeto puede llegar a validar su participación activa en el proceso de búsqueda de la felicidad.

Bajo estas premisas no queda otra cosa más que reconocer que *la Calidad de vida* no es un proceso singular y matematizable como se intenta mostrar cuando este concepto es traducido en datos estadísticos cuya finalidad es la de expresar la felicidad como *algo* de lo cual dispone una amplia franja poblacional. En su lugar, debe apuntarse y materializarse la idea de que ella es ante todo un concepto plural, que da cuenta que la sensación del existir requiere la presencia constante de otro y que las virtudes son parte integral de un todo.

Referencias

- Alguacil, J. (1998). *Calidad de vida y praxis urbana*. Recuperado de http://habitat.aq.upm.es/cvpu/acvpu_5.html
- Barthes, R. (1971). *Elementos de semiología*. Madrid: Alberto Corazón.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bruckner, P. (2001). *La euforia perpetua; sobre el deber de ser feliz*. Barcelona: Tusquets
- Heller, A. (1999). *Una filosofía de la historia en fragmentos*. Barcelona: Gedisa.
- Kosellec, R. (1993). *Futuro pasado*. Barcelona, España: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber; la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- _____. (2007). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.
- Maldonado, T. (2000). *Fundamentos para la comprensión del problema de la calidad de la vida*. Bogotá: Ediciones el Bosque.
- Maturana, H. (1996). *La organización de lo viviente: Una teoría de la organización de lo vivo en La realidad: ¿objetiva o construida? Tomo II Fundamentos biológicos del conocimiento*. México: Anthropos.
- Maturana, H. & Varela, F. (1991). *El árbol del conocimiento: Las bases biológicas del conocimiento humano*. Santiago de Chile: Debate.
- Morin, E. (1977). *El Método. Naturaleza de la Naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo; la vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.
- Verdú, V. (2007). *Yo, tú y los objetos de lujo*. Barcelona: De Bolsillo.